

## La equívoca democracia rusa

**L**AS erradas y alguna vez certeras maniobras de Yeltsin —maniobras de audacia, de supervivencia, de temperamento, según los casos— y los para no pocos, sorprendentes resultados de las elecciones legislativas del 12 de diciembre pasado, inquietan a partidarios o seguidores que temen por la posibilidad de la futura democracia rusa.

Justamente estas dos palabras juntas **democracia-rusa** son un gran equívoco. Equívoco **objetivo** porque nadie sabe a ciencia cierta si la democracia se instalará definitivamente en Rusia ni, en caso afirmativo, cuándo o cómo. Es decir, no se trata de un obvio sobreentendido. Entre la dictadura del proletariado y la democracia liberal existe toda una gama de estructuras sociopolíticas. ¿Cuál es la que de hecho se va a ir aplicando a Rusia?

Pero también equívoco **subjetivo** respecto de los observadores y espectadores occidentales. Hablar de la existencia de una democracia en Rusia, tal como en Occidente la democracia funciona, está suponiendo una extrapolación mental —basada en un mero deseo— de criterios y de costumbres políticas que han sido propios del espíritu occidental desde Pericles a Jefferson, y de Kennedy a Helmut Kohl, queriéndolos aplicar a un país que estructural y dimensionalmente difiere «toto coelo» de los europeos y también de los EE.UU. de América.

*La democracia ateniense fue el imperfecto modo de regirse que encontró una pequeña ciudad menor que Ciudad Real y con el tiempo resultó ser clave del entendimiento civilizado. Las democracias modernas, comenzando por los 50 Estados Unidos, son —en su mayoría— de dimensiones relativamente moderadas y aun así, han necesitado muchos años de rodaje para poder hacer de la democracia una costumbre social aceptable.*

**POR** el contrario, Rusia se mueve en magnitudes unitarias, sin fragmentar, anormalmente grandes. Sus casi 150 millones de habitantes, entre modestos, pobres y míseros (se calcula que hasta un 45 por 100 de la población vive por debajo del umbral de la pobreza), acuciados por metas de supervivencia, mal comunicados, sin costumbres democráticas, sin hábitos correlativos de mercado, se hallan dispersos en grandes distancias y siguen encuadrados en la deteriorada burocracia del régimen anterior. En principio, esto no significa que la democracia sea imposible para Rusia. Pero sí que las especulaciones en torno a su probabilidad, oportunidad y ritmo son gratuitas y subjetivas, además de innecesariamente alarmadas y alarmistas.

Porque la dramática desaparición del sistema soviético se ha circunscrito a una mutación de régimen y de ideología que en un país con la historia autocrática que Rusia carga en sus espaldas no conlleva necesariamente transformaciones sociales profundas, al menos a corto plazo. Rusia puede seguir viviendo como viene haciéndolo desde hace siglos, debatiéndose espasmódicamente entre su profundo esclavismo y sus recurrentes compulsiones hacia los modos occidentales, mientras sólo muy lentamente se transforma su mentalidad colectiva. No hay por qué esperar que suceda de otra forma.

Los hechos lo confirman. Mientras Polonia, Checoslovaquia y Hungría se han lanzado rápidamente por el camino de los cambios estructurales y afrontan sus dificultades, Rusia ha tardado en resolver los obstáculos iniciales para darse un marco político al margen del comunismo. Entre tanto, la población, desprovista del funcionamiento administrativo anterior y sin haber consolidado una nueva máquina social,

*se impacienta «pacientemente», arrastrando su modesto modo de vivir sin grandes mutaciones.*

*La impresión que predomina en los países occidentales es la de un caos que en cualquier momento puede conducir a una explosión. Nada más falso. El conocimiento que teníamos de los «standards» de vida del pueblo ruso se basaba en las estadísticas triunfales constantemente proclamadas por la propaganda soviética. Y ahora que se ha producido una transparencia mayor las cifras parecen haberse hundido en una miseria sin esperanza. Ni una cosa ni otra. La población rusa —sobre todo en las grandes ciudades— tenía su «modus vivendi» durante el comunismo, y sigue teniéndolo, incluso algo mejorado, en la actual situación. No debemos olvidar que los rusos viven «dentro de sus fronteras» y para su modesto régimen de vida no dependen esencialmente de las ayudas exteriores.*

***PERO** esto dicho, hay que recordar que en su evolución hacia la economía de mercado, Rusia no se ha encontrado todavía con lo peor. Es paradójico que dos años después de la disolución de la URSS, con el desmembramiento de estados que ha supuesto y las dificultades que surgen cada día, no haya más que un uno por ciento de desempleo! Esto quiere decir que la competitividad de la industria occidental no ha arrasado aún los sistemas industriales ex-soviéticos, aunque este hecho se ve como algo irremediable a corto plazo, y que perdura el sistema de subvenciones estatales que falsean el costo real de los productos.*

*Esta impermeabilidad no se debe a ningún condicionamiento ideológico de la época anterior, sino a tres peculiaridades del pueblo ruso: su tendencia a las inercias adquiridas, su falta de espíritu empresarial y su desconfianza por los nuevos supuestos de la propiedad privada, incluso la del suelo. Este es el momento en que el 80 por 100 de las propiedades continúa perteneciendo al Estado. Lo que con el 20 por 100 restante se está realizando es una operación de cosmética útil de la que se aprovechan las mafias siendo muy dudoso que el pueblo se beneficie de ello o se eduque suficientemente en el*

*instrumento de cambio que supone la ley de la oferta y la demanda.*

*Todo lo que, sin embargo, puede esperarse en el actual momento histórico es una aceleración de ciertos elementos susceptibles de llegar al alcance de cada ciudadano por medio de la instantánea propaganda de los «media»: el consumismo, sobre todo, que se apoya en ofertas de bienes materiales concretos. Pero poco más. El ruso es un hombre profundamente enamorado del medio geográfico en el que vive: una inmensa tierra que le impone sus lentos ritmos naturales.*

### **Segundo equívoco: Yeltsin o no Yeltsin**

*EN los tiempos en que Gorbachov era ensalzado sin límites por gran parte de la conciencia occidental, en Rusia iba mermando su popularidad, que nunca fue muy grande. Con Yeltsin empieza a ocurrir el mismo fenómeno. El resultado de las legislativas del día 12 de diciembre lo confirma. Ha abanderado con innegable capacidad de liderazgo la alternativa no comunista, frente al grupo resistente del Soviet Supremo. Los dos **referéndums** que le mantienen en el poder hasta 1996 no impiden que su labor sea cuestionada cada vez más. Es previsible que con la constitución ya aprobada, la jauría de políticos hambrientos de situarse en el nuevo régimen, comience una abierta labor de contradicción anti-Yeltsin, y que una nueva figura se alce sobre el pavés. No será ya un salvador, sino un político oportunista, pero en definitiva, un hombre probablemente joven, ya poco o nada vinculado con el comunismo. Es difícil hacerse a la idea de que el ultranacionalista Zhirinovski haya de ser este hombre. Pero un hombre es menos importante que una tendencia o una ideología. Esto nos conduce al tercer equívoco.*

### **Tercer equívoco: ¿Quién ganó las elecciones del 12-D?**

*ES difícil saber qué grupo o partido ha ganado, si por ganar se entiende colocarse autoritativamente*

sobre los demás. Pero se puede adivinar quiénes no las han ganado.

No las han ganado los **comunistas**, como era de esperar, pero siguen ahí presentes. El primer ministro Chernomyrdin recordaba en una reciente entrevista a **Der Spiegel**, que son muchas las generaciones que han crecido en los Soviets, cuyo comportamiento y pensamiento hunde sus raíces en ese tiempo y en ese sistema. Hay 30 millones de pensionistas que hicieron la guerra, trabajaron en la reconstrucción y recibieron, tal vez los magros beneficios de la «nomenklatura» o su cercanía. La inmensa mayoría de ellos, y sus familias, siguen siendo comunistas. Y sin duda lo son otros, hasta ahora, por conveniencia hundidos en el anonimato, pero que las urnas han desvelado colectivamente. Ahora ya se sabe cuántos son los nostálgicos, tan sólo dos años después de la disolución de la URSS. No nos es difícil a los españoles establecer una analogía con nuestros nostálgicos del tiempo de la transición a la democracia.

**TAMPOCO** las ha ganado la **Opción Rusa** (conjunto esencialmente «reformista») que con su 14 por 100 de la Duma se va a encontrar con dificultades probablemente insalvables. Se trata innegablemente de una derrota de Yeltsin que no ha sabido conjuntar en un bloque unido todas las tendencias reformistas. En la práctica, y durante los dos próximos años, puede que esto no importe demasiado, dado el poder que la nueva Constitución otorga al presidente, en el cargo hasta 1996. Pero tratándose de un partido parlamentario, el control legislativo que pueda ejercer está limitado por el juego de alianzas contra una mayoría antirreformista. Los datos que manejamos en el momento de escribir estas líneas nos sugieren que el Parlamento va a ser conflictivo y estéril, lo que provocará verosímelmente su disolución prematura.

Finalmente, hay que hablar, por lo significativo, del ascenso del **Partido Liberal Democrático**, de Vladimir Zhirinovski, primero en votos populares (ca. 24%). Su exageración nacionalista, su nostalgia de grandeza y aspiración a la recuperación de todas las fronteras confirma la incapacidad

*de gran parte del pueblo para aceptar con realismo las limitaciones de Rusia tanto en el contexto geopolítico como en el simplemente económico. Pero es evidente que se ha beneficiado del descontento y del hambre, explicables generadores de emociones. Demagogo y esperpéntico, sin ideología articulada, no creemos fácil que pueda ir muy lejos una vez roto el hechizo momentáneo de la propaganda.*

**PERO** *si agrupamos —no ilegítimamente— la enorme abstención (45%), y la suma de las dos nostalgias (comunista y nacionalista), llegamos a la conclusión de que la inmensa mayoría del pueblo ruso (un abrumador 80%), ni ha entendido la voluntad de reforma acaudillada por Yeltsin que exige sacrificios ni ha comprendido que el relativo primitivismo de Rusia en comparación con los países occidentales obedece a profundas causas que sólo pueden ser superables en un clima eficaz de reformas, tanto de economía de mercado como de talante político.*

*En suma, el futuro de Rusia sigue produciendo un gran haz de quebraderos de cabeza dentro y fuera del país. Nos falta en Occidente una adecuada mentalidad para relativizar lo que allí sucede, poseídos como estamos de una tendencia maniquea a considerar bueno para todos lo que para nosotros lo es. La evolución de Rusia va a seguir la dinámica ancestral de emprender los cambios desde arriba, por la resistencia en dejar al pueblo o a las clases intermedias el protagonismo revolucionario o democrático y la incapacidad de las masas —todavía hace 130 años en la servidumbre—, para asumir cualquier tarea de participación ciudadana activa.*

*Alguien ha sugerido que el proceso ruso de acomodación a la modernidad puede seguir un curso parecido al de Francia, con estructuras republicanas sucesivas hasta la actual V República. Pero también se ha manejado la estremecedora idea de que la actual Rusia, producto económicamente derrotado de la guerra fría, se desmenuce en una grillera política como la de la república de Weimar, que allanó el camino al nazismo en un clima de derrota nacional. Es la peor de las hipótesis, pero no la más probable.*